

SAN AGUSTÍN



# CONFESIONES



Gradifco  
Buenos Aires - Argentina

caciones sin dificultad.

Pero ¿de qué me servía todo esto, Señor Dios mío, que eres la Verdad? Yo seguía pensando que eras un cuerpo resplandeciente e inmenso y yo un pedazo de ese cuerpo. Demasiado para ser cierto, pero así era yo. Y no me avergüenzo, Dios mío, de reconocer ahora y confesar lo misericordioso que fuiste conmigo. De la misma manera que en aquellos días no me avergoncé de declarar en voz alta mis blasfemias y de ladrar como un perro en contra de ti. ¿De qué me servía, repito, mi ingenio para entender las ciencias y para explicar con claridad tantos libros oscuros, sin la ayuda de un maestro humano, si erraba en la doctrina de la piedad tan sacrílega y torpemente? ¿Ser más lentos que yo para entender esas cosas les ocasionaba grandes daños a tus pequeñuelos? Porque ellos no se olvidaban de ti. Seguros en el nido de tu Iglesia, criaban plumas y les crecían alas de la caridad con el alimento de la fe salvadora.

¡Oh, Señor, Dios nuestro! Esperemos *bajo la sombra de tus alas* (Sal 17,8). Protégenos y llévanos. Llevarás, sí, tú llevarás a tus pequeñuelos hasta que envejezcan. Porque cuando tú eres nuestra fuerza somos fuertes y cuando nuestra fuerza nos pertenece somos débiles. Nuestro bien siempre vive en ti; cuando nos apartamos de él nos comportamos mal.

Volvamos ya a ti, Señor, para no perdernos, porque en ti está nuestro bien, que eres tú. No temamos que no haya lugar al cual volar. Porque aunque nosotros caímos de tu casa, que es la eternidad, no por eso, pese a que estemos ausentes, ha caído ni puede caer.

## LIBRO V



### 1

Admite lo que te confieso, Señor. Es el sacrificio de mi lengua que formó tu mano y que tu espíritu motivó para que te glorificara. Cura todos mis huesos para que te digan: *Señor, ¿existe alguien como tú?* (Sal 35,10).

Si alguien se confiesa ante ti, no te revela nada de lo que sucede en su interior. Aunque su corazón esté clausurado, tu mirada descubre todo. El corazón del hombre puede ser duro, pero no puede soportar tu mano, porque cuando quieres lo aflojas, ya sea compadeciéndote o castigando, y *no existe nadie que se esconda de tu calor* (Sal 19,6).

Señor, mi alma te alaba para que te ame y reconozca tu misericordia, para que te alabe. Ninguna de tus criaturas cesa de proclamar tus alabanzas. Los espíritus dirigen su boca hacia ti para alabarte. Los mismos animales y los objetos inanimados te alaban por boca de los que las contemplan, porque nuestra alma se apoya en las cosas que creaste, de modo que se levante hacia ti desde su debilidad. Así nos pueden ayudar en nuestro camino a ti. Porque allí encontramos la satisfacción y la verdadera fortaleza.

### 2

Que los hombres inquietos y perversos se vayan y huyan de tu presencia. Tú los ves, los distingues hasta en las sombras. Todo lo que está alrededor de ellos es hermoso; la fealdad recae sólo en sus

personas. ¿Pero cómo te lastimaron? ¿De qué manera dañaron tu imperio, que es justo e inviolable desde el elevado cielo hasta el abismo más profundo? ¿Adónde huirán cuando huyan de ti, que te encuentras en todas partes? Huyeron para no verte, aunque tú los ves a ellos, porque como estaban ciegos tropezaron contigo, que no abandonas nada de lo que has creado. Tropezaron con tu justicia y fueron castigados justamente, ya que no les importó tu dulzura, mancharon tu santidad y cayeron en el rigor de tu ira.

No saben que tú estás en todas partes, que no te detiene nada y que estás presente incluso en aquellos que huyen lejos de ti. Que regresen donde tú estás, que te busquen para que se den cuenta que tú no abandonas a tus criaturas como ellas te abandonan a ti. Que se reconviertan y te encontrarán en sus corazones. Sí, en los corazones de todos aquellos que te confiesan y se entregan a tu misericordia, en los corazones de todos aquellos que han dejado el camino extraviado y derraman sus lágrimas sobre tu pecho. Y tú, benévolo, enjuagas sus lágrimas de goce, porque ahora no es un hombre de carne y sangre el que los contiene y consuela, sino tú, Señor, el que los creó.

Pero ¿yo dónde estaba cuando te buscaba? Tú estabas delante de mis ojos, pero yo me había alejado de mí mismo. Si no podía siquiera encontrarme, ¿cómo podía encontrarte a ti?

### 3

Ahora quiero hablar ante la presencia de mi Dios de aquel vigésimonoveno año de mi vida.

Hacía muy poco que a Cartago había arribado un obispo maniqueo llamado Fausto. Un gran lazo del demonio, ya que mucha gente caía atrapada por el encanto fascinador de su oratoria. Reconozco que yo también era uno de sus admiradores y que su palabra me subyugaba, pero ya sabía distinguir entre la simple oratoria y la verdad real, que era lo que yo ansiaba saber. Me preocupaba más no por el plato de palabras que me ponía delante aquel famosísimo maniqueo Fausto, sino la comida de la ciencia. Había oído acerca de su gran renombre, que era una persona muy versada en toda clase de saberes y particularmente instruido en las artes liberales.

Yo había leído muchas cosas de filósofos y las guardaba vivas en mi memoria. Cuando comencé a compararlas con las interminables fábulas de los maniqueos me pareció que las teorías de los filósofos eran más factibles. Es que llegaron a tener cierta visión del mundo, aunque no encontraron a su Creador (Sb 13,9). Tú, Señor, eres grande, pero miras dócil al humilde y reconoces al soberbio a gran distancia (Sal 138,6). Te acercas a los humildes de corazón y los soberbios no te encuentran, aunque lleguen a contar las estrellas del cielo y las arenas del mar con estudiada técnica, midan el rumbo de las constelaciones y tracen el giro de los planetas.

La sagacidad y el ingenio con los que indagan sobre estas cosas son dones tuyos. Éstos les permitieron descubrir muchas de ellas, prediciendo, con bastantes años de anticipación, los eclipses de sol y de luna antes de que sucedieran. Estimaron el día, la hora, si el eclipse sería total o parcial y nunca fallaron en los cálculos, ya que siempre sucedió tal y como lo habían anunciado.

Los hombres que desconocen estos poderes se asombran y aturden. Los que los conocen, en cambio, se jactan, se congratulan y con pagana soberbia se apartan de tu luz, hasta desfallecer. Aunque pueden predecir un eclipse de sol con mucha antelación, no pueden ver que todavía siguen en la sombra de un eclipse. La razón es que no buscan con piedad ni reconocen la fuente de donde les viene el ingenio con el que investigan estas cosas. A pesar de haber descubierto que tú los has hecho, no se entregan a ti para que guardes lo que tú mismo has hecho, ni se te ofrecen en sacrificio tal como se han hecho a sí mismos. Su orgullo planea como un ave; su curiosidad penetra los más profundos secretos de la naturaleza, como pez que nada en el agua del mar; sus gustos por los placeres terrenales crecen como bestias salvajes. Pero ninguno de ellos te sacrifica ninguna de ellas. Y si te hicieran este sacrificio, ¡oh, Dios!, consumirías como fuego devorador estas preocupaciones de muerte y les devolverías la inmortalidad.

No descubrieron a Cristo, que es el Camino y la Palabra de Dios, a través de los cuales creaste todas las cosas que ellos nombran y cuentan; a los mismos hombres que las cuentan; a los senti-



dos por los que son conscientes de las cosas que cuentan y a la inteligencia por la que las cuentan. *Tu sabiduría es insondable* (Sal 147,5), pero tu Unigénito vino al mundo para *ser la fuente de nuestra sabiduría, nuestra justificación y nuestra santificación* (Co 1,30). Fue contado entre nosotros y pagó tributo al César. Pero estos hombres no conocieron este camino, por el cual descienden del pedestal al cual llegaron para luego levantarse con él y estar con él. No conocieron este camino y se creyeron más altos y brillantes que las estrellas. Por eso se desplomaron, cayeron a tierra y *su insensato corazón se oscureció* (Rm 1,21-5).

Reconozco que decían muchas cosas acertadas sobre el mundo, pero no buscaban piadosamente la Verdad, es decir, a su Creador. Por eso es que no lo encuentran o, si lo hacen y pueden conocer a Dios, no lo adoran ni le agradecen como a Dios. Al contrario, se dejan llevar por sus palabrerías. Ellos dicen ser sabios y se atribuyen a sí mismo lo que es tuyo; aun en su perversa ceguera intentan atribuirte sus cualidades. Se atreven incluso a imputarte, tú que eres la Verdad misma, sus mentiras. *Cambian la gloria de un Dios incorruptible por representaciones del hombre corruptible, de aves, cuadrúpedos y reptiles. Cambian tu verdad por su mentira, adorando y venerando a la criatura en lugar de al Creador* (Rm 1,21).

Asimismo, recordaba muchas de las verdades que ellos habían formulado sobre el mundo creado y veía que estaban fundadas en los números, en la sucesión regular de las estaciones y en los testimonios visibles de los astros. Comparaba todo esto con la doctrina de Manes, que había escrito mucho sobre estas cosas, en medio de dislates infinitos. Pero en sus escritos no lograba ver una explicación razonable de los solsticios y de los equinoccios, o de los eclipses y fenómenos similares que yo había podido leer en los libros escritos por los sabios de este mundo. Sin embargo, se me exigía que creyera en la doctrina de Manes sin recibir ninguna explicación, pese a que existían grandes diferencias respecto de los principios matemáticos y del mismo testimonio de mis ojos.

#### 4

¿Acaso, ¡oh, Señor Dios de la verdad!, el que sabe todas estas cosas te agrada por el hecho de conocerlas? ¡Desdichado el hombre que sabe todas estas cosas y no sabe quién eres! ¡Dichoso, en cambio, el que te conoce, aunque las ignore todas! Quien te conoce junto a las demás cosas no es más feliz por estas últimas: sólo es feliz porque te conoce a ti. *Así, te glorifica, te agradece y no se ensoberbece en sus pensamientos* (Rm 1,21).

Es preferible aquel que sabe cuidar un árbol y te da gracias por su utilidad —aunque no sepa exactamente cuántos codos tiene de alto y cuántos de ancho— que el que lo mide y cuenta todas sus ramas pero no lo posee, ni lo conoce, ni ama a su Creador. De la misma manera, el hombre que te es fiel posee todas las riquezas del mundo, porque confía en ti, a quien honran todas las cosas. Sin tener nada es dueño de todo, aunque ignore el curso de la Osa Mayor. Y sería necio dudar que este hombre es mejor que aquel que mide los cielos, cuenta las estrellas y pesa los elementos pero se desentende de ti, que *dispones todas las cosas en número, peso y medida* (Sb 11,21).

#### 5

¿Quién le pedía a ese Manes que escribiese sobre estas cosas, sin las cuales se podía aprender la piedad? Entonces tú le dijiste al hombre: *la piedad es la sabiduría*<sup>1</sup>. Manes bien podía carecer de esta sabiduría y, sin embargo, conocer estas cosas perfectamente. Pero como no las conocía y, pese a ello, seguía enseñándolas con absoluta desfachatez, demostraba abiertamente que no la tenía. Porque enseñar estas cosas del mundo, aunque sean muy sabidas, es vanidad, y confesarte a ti es piedad. Pero él estaba equivocado. Escribió muchas páginas que los verdaderos sabios demostraron que eran falsas, poniendo de manifiesto cuál era su opinión en temas más difíciles. Tampoco quiso pasar inadvertido: intentó convencer a sus seguidores de que el Espíritu Santo, consolador y enriquecedor de tus fieles, estaba presente en él con todos sus poderes. Por eso, cuando se demostró que era falso lo que decía sobre el cielo, las

<sup>1</sup> Jb 28,28. Manes o Mani (hacia 215-275 d. C.), fundador del maniqueísmo.

estrellas, los movimientos del Sol y de la Luna —cosas que ciertamente no pertenecen a la doctrina de la religión—, surgió claramente su sacrílega osadía. Ignoraba no sólo los temas que enseñaba, sino que además pronunciaba calumnias. Con loca y soberbia vanidad pretendía convencer que todo lo que decía brotaba de la boca de una persona divina.

Cuando oigo que algún hermano cristiano, cualquiera que sea, ignora aspectos de la ciencia y cree una cosa por otra, lo guío con paciencia. Siempre que no crea cosas indignas de ti, Señor, creador de todas ellas, considero que no corre peligro por ignorar los verdaderos hechos de la naturaleza. El peligro radica en creer que tal conocimiento pertenece a la esencia de la piedad y en atreverse a defender con pertinacia aquello que se ignora. Incluso la madre caridad tolera esta debilidad en los inicios de la fe. Espera que el hombre nuevo se convierta en *varón perfecto y no sea arrastrado de un lado a otro por cualquier viento doctrinario* (Ef 4,13,14). Manes, por su parte, no dudó en presentarse como maestro, autor, guía y jefe de todos aquellos a quienes sus teorías podían persuadir, haciéndoles creer a sus seguidores que iban detrás no de un hombre cualquiera, sino de tu Espíritu Santo. ¿Quién, entonces, una vez detectada su patraña, no compartiría que tal demencia debe ser detestada y aborrecida?

Sin embargo, yo no estaba totalmente convencido de que sus escritos no pudieran ofrecer una convincente explicación acerca de la duración y de la alternancia de los días y de las noches, de los eclipses y de otros fenómenos físicos que habían descrito otros escritores. De ser razonable lo que decía no sé si me hubiera decidido por él o por los sabios, aunque habría colocado su autoridad, debido a la fama de santidad que tenía, antes que mi fe.

## 6

A lo largo de casi nueve años, durante los que escuché las teorías de los maniqueos sin que mi ánimo inquieto se detuviera en ninguna de ellas, esperé con enorme ilusión la llegada del tan anunciado Fausto. Otros miembros de la secta con quienes pude hablar fueron incapaces de responder sobre los problemas que yo les plantea-

ba respecto de estas cosas. Me aseguraban que tendría la oportunidad de discutirlos con Fausto tan pronto como llegara, y que él daría una clara explicación no sólo sobre las cuestiones que yo les había propuesto, sino sobre otras mucho más difíciles que pudiera plantearle.

Por fin llegó Fausto. Advertí en él a un hombre agradable, de conversación amena, que manejaba los temas maniqueos con un encanto superior al de los otros. Pero mi sed quedó insatisfecha a pesar de la elegancia con la que servía aquellas preciosas copas. Mis oídos ya estaban hartos de oír tales cosas y no me parecían mejores porque fueran mejor expresadas, ni verdaderas por estar expuestas con más elegancia. Su alma tampoco me parecía más sabia, aunque su rostro fuera más bello y sus palabras, selectas. No debían ser buenos jueces quienes me lo recomendaron, porque creían que era sabio y prudente simplemente por el éxtasis que su oratoria les causaba. Me di cuenta que otro tipo de hombres, con quienes había hablado muchas veces, intuían la verdad y se negaban aceptarla si les era presentada con un lenguaje muy elaborado y terminante.

Pero de manera maravillosa y oculta, Dios mío, ya me habías enseñado que una verdad no es necesariamente más verdadera porque se encuentre envuelta en un lenguaje fino, ni más falsa porque esté expresada torpemente. Creo que fuiste tú el que me lo enseñaste, porque era la verdad, y no hay otro maestro de la verdad más que tú, venga de donde viniere. Para entonces también había aprendido de ti lo contrario: que una afirmación no es necesariamente verdadera porque esté mal expresada, ni falsa porque esté dicha con elegancia. La sabiduría y la necedad son manjares benignos o nocivos: ambos pueden servirse bien de la misma manera tanto en platos finísimos como de barro. Igualmente, la sabiduría y la necedad pueden vestirse con palabras elegantes o vulgares.

Mi extensa y anhelada espera de la llegada de Fausto fue ampliamente recompensada por el estilo de su disputa y por el buen humor que irradiaba. Me deleitaba el color que le daba a las ideas con su facilidad de palabra. Así, no era el único que lo alababa, aunque lo hacía mucho más que los otros. No obstante, me molestaba la muchedumbre que se reunía para escucharlo, porque me

resultaba imposible acercarme a él para exponerle mis dificultades en una discusión amistosa. Por suerte, junto a unos amigos pudimos hablarle en la ocasión y lugar más oportunos para un debate. Le presentamos las objeciones que para mí eran más fuertes. Pronto advertí que frente a mí se hallaba un hombre de escasos conocimientos gramaticales y totalmente inexperto en las artes liberales. Había leído discursos sueltos de Marco Tulio (Cicerón), algún que otro libro de Séneca, fragmentos de los poetas y los documentos de la secta, escritos en un latín cuidado y elegante. Por otra parte, la práctica diaria de hablar en público le había dado una gran fluidez de palabra que él hacía más fascinante y atractiva por su agudo ingenio y por cierta gracia natural.

¿No es ésta la verdad tal como la recuerdo, Señor y Dios mío? Tú eres el juez de mi conciencia. Mi corazón está delante de ti, como mi memoria. Tu providente mano obraba conmigo en secreto y ponía ante mis ojos mis vergonzosos errores para que los viese y aborreciese.

## 7

Cuando me di cuenta que Fausto desconocía totalmente los temas sobre los que yo lo hacía erudito, comencé a perder la esperanza de que fuera capaz de aclarar y resolver los problemas que me preocupaban. Eso no implica que, a pesar de su ignorancia en estas materias, pudiera seguir siendo un hombre piadoso, a condición, no obstante, de no ser maniqueo. En efecto, los libros maniqueos están llenos de larguísimas fábulas sobre el cielo, las estrellas, el Sol y la Luna. Y comencé a notar que ya no podía explicarlas exactamente como yo deseaba, ya que quería que Fausto las comparara con los cálculos matemáticos que había leído en otros libros. De ese modo podría juzgar si las teorías maniqueas eran igualmente ciertas o, al menos, igualmente probables que aquellos.

Cuando le sugerí la posibilidad de considerar estos problemas y de discutirlos juntos, me eludió con gran modestia. Sabía que no era capaz de responder mis preguntas y no se avergonzó en admitirlo. Al contrario de muchos charlatanes que tuve que soportar, no

intentaba enseñarme una lección que desconocía. Si bien no dedicaba su corazón a ti, Señor, no estaba exento de discreción. No era tan ignorante como para negar su ignorancia. En consecuencia no quiso, con la disputa, meterse en un callejón sin salida ni volver fácilmente atrás. Por eso me agradó más, porque la modestia del alma que reconoce sus limitaciones es más hermosa que las mismas cosas que yo deseaba saber. Esta misma actitud adoptó frente a los problemas más difíciles y abstrusos.

El vivo interés que yo había depositado en las doctrinas maniqueas se derrumbó con esta experiencia. Mi confianza en los otros maestros de la secta se debilitó más cuando vi que Fausto, tan renombrado por ellos, era incapaz de resolver los problemas que me preocupaban. Su entusiasmo por la literatura, que por entonces yo les enseñaba a los estudiantes de Cartago, hizo que a menudo nos juntáramos para que yo le leyera, ya sea lo que era de su agrado, ya lo que a mí me parecía más adecuado para su vocación. Una vez que conocí a aquel hombre en detalle, todo mi empeño en progresar en la secta se derrumbó. Pero no me aparté totalmente de los maniqueos. En tanto que de momento no encontraba nada mejor, decidí permanecer provisionalmente en la secta en la que había caído.

Así, aquel Fausto que había sido el lazo fatal de muchos, comenzó a aflojar el lazo con el que yo estaba apretado sin quererlo y sin que lo supiera. En tu misteriosa providencia, Dios mío, tu mano iba guiando mi alma y no la abandonaba. Noche y día mi madre te ofrecía por mí el sacrificio de su corazón inundado de lágrimas. Te portaste conmigo de un modo admirable: Tú lo hiciste, Dios mío. *El Señor es quien orienta los pasos del hombre y quien escoge su camino* (Sal 37,23). ¿Qué otra mano sino la tuya puede salvarnos y rehacer lo que ha construido?

## 8

Fue obra tuya el que yo aceptara trasladarme a Roma para enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Debo confesarte los motivos de esta decisión ya que, incluso en asuntos como éstos, manifiestas tus altísimos secretos y la misericordia que estás siempre dis-



puesto a hacer presente en nosotros.

La decisión de ir a Roma no se debió a causas pecuniarias ni a apetitos personales, aunque así me lo prometieran los amigos que me aconsejaron la partida. Naturalmente que en ese entonces estas consideraciones también influían en mí. Pero el motivo más importante y casi único fue que —según había oído— los jóvenes estudiantes de Roma eran más tranquilos y estaban sometidos a una disciplina más rigurosa. No se les permitía, por ejemplo, irrumpir violentamente en las clases de maestros que no fueran los suyos cuando se les diera la gana. Tampoco eran admitidos en ellas sin el permiso de la autoridad. En Cartago, por el contrario, los estudiantes estaban descontrolados y su conducta era desenfrenada. Entraban en las aulas alborotada e irrespetuosamente, trastornando el orden impuesto por el maestro en beneficio de los alumnos. Su estupidez era increíble: cometían barbaridades que, si la costumbre no los protegiera, deberían ser castigadas por la ley. Su degeneración había llegado a tal punto que aceptaban como lícito lo que tu ley eterna no hubiera permitido nunca. Pensaban que podían hacer estas cosas impunemente, pero la misma ceguera con que las hacían era su mismo castigo, ya que ellos sufrían más daño del que hacían.

De esta manera tuve que aguantar en los otros, como maestro, aquellas costumbres que, como estudiante, rechazaba compartir. Por eso me iba alegre a Roma donde, según todas las referencias, no ocurrían tales cosas. Pero tú, Señor, *esperanza mía y porción mía en la tierra de los que viven* (Sal 142,5), me incitabas a cambiar de lugar por el bien de mi alma. Por una parte hacías que sintiese las espinas de Cartago para arrancarme de allí; por otra, me tentabas con los placeres de Roma para llevarme a ella. Y todo por mano de unos hombres que aman la vida muerta, hacen cosas de locos o prometen cosas vanas. Te servías ocultamente de su perversidad y de la mía para recomponer mi camino desviado. Porque aquellos discípulos que perturbaban mi calma con imprudente violencia estaban ciegos, y los que me alentaban a ir a Roma vivían a ras de la tierra. Y yo, que aborrecía en Cartago la verdadera miseria, buscaba en Roma la falsa felicidad.

Sólo tú, ¡oh, Dios!, conocías la verdadera causa de la partida de una ciudad a otra. Ni yo ni mi madre, que lloró amargamente durante mi despedida, cuando me acompañó hasta la orilla del mar, lo sabíamos. Pero yo la engañé, porque me retenía por la fuerza y quería que me quedase o que la llevara conmigo. Simulé que debía despedirme de un amigo, a quien no quería dejar solo hasta que tuviese viento a favor para navegar. Así traicioné a mi madre, ¡qué madre! Y me marché. Tú perdonaste misericordiosamente este pecado y, lleno de execrables inmundicias como estaba, me librate de las aguas marinas para que pudiera llegar hasta las aguas de tu gracia. Lavado con esta agua, hiciste que se secaran los ríos de lágrimas que mi madre derramaba por mí, regando todos los días la tierra que había bajo su rostro.

Pero ella se negaba a volver a casa sin mí. Apenas pude vencerla de que aquella noche se quedara en el santuario de San Cipriano, no lejos de nuestro barco. Pero aquella misma noche solté amarras a escondidas, dejándola sola llorando y rezando. Pero ¿qué es lo que te pedía, Dios mío, con sus lágrimas sino que no me dejases navegar? Pero tú veías las cosas desde lo más alto y escuchaste su deseo más profundo, ya que no hiciste lo que entonces te rogaba para poder hacer de mí lo que ella siempre te pedía.

El viento sopló, inflamó nuestras velas y la playa fue desapareciendo ante nuestra vista. A la mañana siguiente, mi madre, loca de pena, colmaba tus oídos de quejas y llantos, porque entendió que no le prestabas atención. A mí, en cambio, me dejabas ir, arrastrado por mis pasiones en un viaje que acabaría con mis concupiscencias y, al mismo tiempo, castigando en ella sus apetencias carnales con el justo látigo del dolor. Ella, como las demás madres, o aun más que la mayoría de ellas, quería que permaneciera a su lado, sin imaginarse las alegrías que mi partida le depararía. Por desconocer esto lloraba y se acongojaba. En esos mismos tormentos estaba demostrando la herencia de Eva, buscando con dolor lo que con dolor había parido.

Por fin regresó a su vida cotidiana, no sin antes haberme tildado de mentiroso y despiadado. Pero siguió pidiéndote por mí. Y yo continué mi camino hacia Roma.



En cuanto llegué a Roma caí flagelado por una enfermedad corporal que me arrastró hasta el borde de la tumba, cargado como estaba con el fardo de las maldades que había cometido contra ti, contra mí y contra el prójimo, amén del pecado original por el que *todos hemos muerto en Adán* (Co 15,22). Porque todavía no me habías perdonado ninguno de ellos en Cristo, *ni había destruido las enemistades que con mis culpas había establecido contigo en su cruz* (Ef 2,16). ¿Y cómo podía él destruirlos en su cruz, que yo creía un puro fantasma? Así, tan certera era la muerte de mi alma como falsa me parecía la muerte de su cuerpo, y tan certera era la muerte de su cuerpo como falsa era la vida de mi alma. En verdad, me negaba a creer esto.

La fiebre arreció hasta ponerme en trance de muerte. Me pregunto adónde hubiera ido a parar si hubiera fallecido. Seguro que al tormentoso fuego que mis obras merecían según la justicia de tu ley. Mi madre no sabía que yo estaba enfermo, pero seguía rezando por mí a la distancia. Y tú estás presente en todas partes, de manera que tú escuchabas sus oraciones allí donde ella estaba. También te compadecías de mí donde me encontraba para que pudiera recuperar mi salud corporal, aunque mi corazón infiel seguía estando enfermo. Porque a pesar del peligro que corría, no deseaba el bautismo. Como ya he recordado en estas confesiones, siendo muchacho había acudido ante la piedad de mi madre con más fervor, pidiéndole el bautismo. Pero me había hecho mayor y más vicioso. En mi necedad me reía de la medicina que me prescribías.

En mi pecaminoso estado me salvaste de una doble muerte: la muerte del cuerpo y la muerte del alma. Si hubiera fallecido en tal estado mi madre nunca se habría recuperado. No tengo palabras para expresar el amor que me profesaba. Me estaba alumbrando espiritualmente con una angustia mayor que la que había tenido cuando me trajo al mundo. Si mi muerte se hubiera producido en esas condiciones no veo cómo hubiera podido recuperarse, ya que habría traspasado las entrañas de su amor. ¿Y dónde habrían ido a parar las incansantes oraciones que me dedicaba? Habrían llegado a

ti, nada más que a ti. Pero ¡oh, Dios de las misericordias!, ¿podías despreciar el corazón arrepentido y humillado de aquella inmaculada y sobria viuda, tan dedicada a la limosna, servidora de tus santos, que todos los días dejaba ofrendas en tu altar, que iba a la iglesia dos veces por día, mañana y tarde, sin faltar jamás, no para escuchar fábulas y chismes de viejas, sino para escuchar tu palabra y que tu la oyeras en sus oraciones? ¿Despreciarías las lágrimas de una mujer que era tal por tu gracia y que no te pedía oro ni plata, ni cosa caduca y variable, sino la salud de su hijo? ¿Podías, en fin, negarle tu ayuda? No, no, Señor. Más bien estabas presente en sus oraciones, las oías y hacías lo que te pedía, según el modo inexplicable de tu providencia.

No, no era posible que la engañaras en aquellas visiones y respuestas que le habías dado. Algunas de las cuales ya las he relatado y otras las paso por alto: todas ellas las guardaban bien en su pecho y te las presentaba siempre en sus oraciones como una cédula real firmada por tu propia mano. Porque, aunque *tu misericordia es eterna* (Sal 118,1), con tus promesas te dignas convertirte en deudor de aquellos a quienes les perdonas todas sus deudas.

## 10

Señor, me curaste de aquella enfermedad. Devolviste la salud al cuerpo del hijo de tu sierva para después dárme la mejor y más consolidada en el alma.

En Roma me juntaba con aquellos que se llamaban santos, engañados y engañadores. No sólo trataba con los oyentes —de los cuales formaba parte el huésped de la casa durante mi enfermedad y convalecencia—, sino también con los llamados electos. Todavía seguía pensando que no somos nosotros los que pecamos, sino que es cierta naturaleza extraña la que peca contra nosotros. Esto reconfortaba mi orgullo; pensaba que no incurría en culpa y que no tenía que confesar mis pecados si había hecho algo malo, así tuvieras *que curarme, porque yo pecaba contra ti* (Sal 41,4). Prefería excusarme, acusar a no sé qué cosa extraña que había en mí y que no era yo. Pero la verdad es que todo aquello era yo, y mi impiedad me había



llevado a dividirme contra mí mismo. Mi pecado era el más incurable, porque no me creía pecador. En mi execrable perversidad, prefería vencerte para mi perdición a que tú me derrotaras para mi salvación. Porque aún no habías *protegido mi boca, ni sellado mis labios, para que mi corazón no se volcase hacia las palabras malignas, ni buscarse una excusa para mis pecados en contra de los hombres que actúan con maldad* (Sal 141,3,4). Y ésta era la razón de mi trato con los elegidos de los maniqueos.

Desesperado ya por alcanzar algún progreso en aquella falsa doctrina, me volvía indiferente y despreocupado ante aquellas teorías que había decidido mantener hasta hallar algo mejor. Simultáneamente comencé a pensar que los filósofos llamados académicos habían sido los más prudentes, porque habían afirmado que había que dudar de todo y que el hombre no puede conocer nada con certeza. Ése es el sentido común relativo a su enseñanza y esa me pareció a mí su manera de pensar, aunque realmente no llegué a entender lo que querían decir. Tampoco tuve pruritos en regañar a mi huésped cuando noté la excesiva confianza que depositaba en las interminables fábulas que llenaban los libros de los maniqueos. No obstante, seguía manteniendo más amistad con éstos que con los que no eran de la secta. Pero ya no la defendía con el mismo entusiasmo de antes. La familiaridad que tenía con ellos —muchos vivían clandestinamente en Roma— me hacía sumamente perezoso para buscar otra cosa. Y sobre todo me desesperaba por hallar la verdad en tu Iglesia, ¡oh, Señor de cielos y tierra y Creador de todas las cosas visibles e invisibles!, de la que ellos me alejaban. Me parecía algo muy feo creer que tenías figura humana y un cuerpo configurado por los límites de nuestras extremidades. Cuando trataba de pensar en mi Dios sólo lo hacía en términos de sustancias corpóreas —ya que me parecía que no había nada que no fuese corporal—. Ésta era la causa principal, por no decir única, de mi inevitable error.

Por la misma razón también creía que el mal era una sustancia corpórea y que además poseía una masa negra y deforme. Ésta, a la que los maniqueos llamaban tierra, podía ser sólida, o tenue y sutil, concebida como una especie de espíritu maligno que se deslizaba

sobre la tierra. Mi piedad, por pequeña que fuese, me obligaba a creer que un Dios bueno no podía crear una naturaleza maligna. Por eso me las imaginaba como dos masas antagónicas, ambas infinitas, la mala más pequeña y la buena más grande.

Mis otras creencias sacrílegas derivaban de este principio fatal. Porque cuando trataba de recurrir a la fe católica mi espíritu retrocedía, porque la fe católica no era lo que yo suponía que era. Mis teorías me forzaban a creer que eres finito en un solo punto, por el que la masa del mal se enfrentaba a ti. Pero ¡oh, Dios, a quien tus misericordias exaltan en mí!, me parecía más piadoso creerte por todas partes infinito, que no juzgarte limitado por la estructura del cuerpo humano en todas sus formas. De igual manera me parecía mejor creer que no habías creado el mal, antes que suponer que éste, como yo lo había imaginado, se debía a ti. Por mi ignorancia me parecía que el mal no sólo era una sustancia, sino una sustancia corporal, puesto que tampoco era capaz de imaginar al espíritu más que como un cuerpo sutil que se expande en el espacio de alguna forma. Asimismo creía que tu Unigénito y Salvador nuestro era algo salido del resplandeciente cuerpo de tu sustancia para nuestra salvación. No creía otra cosa de él más que lo que podía imaginar con mi vanidad. Pensaba que una naturaleza como la suya no podía nacer de la Virgen María sin mezclarse con la carne. Ni veía cómo podía mezclarse sin mancharse, tal como yo lo imaginaba. Por lo tanto, temía verlo nacido en la carne por no verme obligado a creer que la carne lo había manchado.

Seguro que tus siervos espirituales se van a reír suave y amorosamente cuando lean mis Confesiones. Pero yo era así.

## 11

Además de esto, en mi opinión, lo que los maniqueos alegaban en contra de tus Escrituras era insostenible. A veces, sin embargo, tenía profundos deseos de consultar estos puntos, uno por uno, con algún erudito para tantear qué pensaban de ellos. Incluso había escuchado los discursos de un tal Elpidio antes de dejar Cartago, quien hablaba en público y disertaba en contra de los maniqueos. Yo



había quedado impresionado con los argumentos que tomaba de la Escritura, que no eran fáciles de refutar.

Pensaba que la respuesta de los maniqueos era muy débil, ya que se negaban a darla en público. Sólo se la mencionaban en privado a los seguidores de la secta. Decían que los libros del Nuevo Testamento habían sido alterados por desconocidos que deseaban imponer la ley judía sobre la fe cristiana, aunque ellos no podían presentar ningún ejemplar falsificado.

Pero lo que principalmente me desvelaba y me asfixiaba era la idea de las dos masas del bien y del mal, ya que me veía incapaz de concebir otra cosa que no fueran objetos materiales. Bajo el peso de estas dos masas o moles, buscaba deseoso el aire puro de tu verdad, sin que me fuera posible respirarlo.

## 12

Con todo entusiasmo me dediqué a realizar la tarea que me había traído a Roma, la cual no era otra que la enseñanza de la retórica. Comencé dando clases en mi casa, donde reuní un número de alumnos que habían oído hablar de mí y que, a su vez, promocionaban mi llegada.

Allí caí en la cuenta de que en Roma había problemas con los que no tuve que enfrentarme en África. Es verdad que aquí no encontré las barbaridades que los escandalosos estudiantes de Cartago ejecutaban. Sin embargo, me enteré de que los estudiantes se podían amotinar en cualquier momento para no pagar los honorarios de sus maestros y pasarse a otro maestro. Por amor al dinero no les importaba cumplir con su palabra, ignorando a la justicia. También mi corazón aborrecía a éstos, aunque no con odio total. Creo que los odiaba más por lo que sufriría de ellos que por el mal que podían ocasionarle a cualquier maestro. Naturalmente, este tipo de estudiantes carece de toda moral. Se apartan de ti, amando las burlas y engaños pasajeros, igual que una ganancia terrenal ensucia la mano al atraparla. Se aferran al mundo que huye y te dan la espalda a ti, que estás siempre, mientras tú los llamas dispuesto a perdonar al alma pecadora que regresa arrepentida.

Incluso ahora sigo aborreciendo a gente tan depravada y desinhibida. A pesar de ello, los amo. Deseo que se enmienden y obedezcan más las enseñanzas que reciben que el dinero. También, que te antepongan a esa misma enseñanza; a ti, Dios mío, que eres la primera verdad; plenitud de bien auténtico y paz castísima del alma. Pero entonces —lo confieso— prefería que no fuesen malos por interés propio a que no fueran buenos por tu amor.

## 13

Éste era el cuadro de situación cuando el Prefecto de Roma recibió una petición de Milán solicitando el envío de un profesor de retórica para esta ciudad. Dicha petición incluía la promesa de viajar a expensas del erario público. Por medio de mis amigos, que todavía seguían borrachos en sus vanidades maniqueas —y de los que sin que ellos ni yo lo supiéramos, me habría de separar—, le solicité presuroso a Símaco, a la sazón prefecto de Roma, que me enviara, previa prueba consistente en la exposición de un discurso.

Llegué a Milán y fui a ver al obispo Ambrosio, hombre catalogado entre los mejores del mundo y piadoso siervo tuyo. Su palabra le suministraba afanosamente a tu pueblo la flor de tu trigo, la alegría de tu aceite y la sobria borrachera de tu vino. Fuiste tú quien, sin que yo lo supiera, me condujiste a él, para que a sabiendas él me guiara a ti. Aquel hombre de Dios me recibió con amor paternal y se interesó por mi viaje como obispo. Yo, por mi parte, comencé a quererlo. Al principio no como a un doctor de la verdad —a la cual me desesperaba por encontrar en tu Iglesia—, sino como a un hombre que se mostraba afable conmigo. Comencé a oírlo con atención cuando predicaba ante el pueblo, pero no con la debida intención. Quería juzgar por mí mismo si lo que decían de sus dotes como orador era verdad, si su fama como tal era mayor o menor de lo que se pregonaba. Sus palabras me subyugaban, pero el contenido de sus discursos no ocasionaban en mí el mínimo interés, al punto de que hasta llegué a despreciarlos. Me deleitaba la suavidad de su oratoria. Pero pese a que era más erudita que la de Fausto, carecía de su encanto y elegancia. Estoy hablando sólo de su estilo. Porque en lo



que se refiere al contenido, no había entre los dos comparación posible. Fausto se perdía en medio de las falacias maniqueas; Ambrosio, con palabras vitales, enseñaba la salud. Pero *tu salvación está lejos de los pecadores* (Sal 119,155), como lo era yo entonces. Aunque paso a paso y sin darme cuenta me estaba acercando a ella.

#### 14

Confieso que no me preocupaba por aprender lo que decía Ambrosio, sino más bien por oír lo que decía. Éste era el único e inútil cuidado que me había quedado, desesperado por encontrar un camino que me llevara a ti. No obstante, ese mismo significado que yo trataba de ignorar acudía a mi mente junto con las palabras que me agradaban. No podía separar las dos cosas. Así, cuando abría mi corazón para recibir la suavidad y elegancia de las palabras, tras ellas también entraba, aunque poco a poco, la verdad.

De entrada comenzó a parecerme posible la defensa de las verdades que decía. Comencé a creer que la fe católica —que yo había juzgado imposible de defender frente a las objeciones de los maniqueos— podía sostenerse con buenas armas. Sobre todo después de haber sido varias veces explicados y resueltos los lugares de los libros del Antiguo Testamento que yo interpretaba al pie de la letra, y que así interpretados eran mi muerte. Pero una vez que muchos lugares de aquellos libros me fueron interpretados en sentido espiritual, no dejé de condenar mi desesperación, ya que había creído que no se podía refutar a los que despreciaban y se burlaban de la ley y de los profetas.

No por ello creí que debía seguir la senda de los católicos. Lógicamente, el catolicismo podía tener sus hombres eruditos, quienes de forma elocuente y no de forma absurda refutasen las objeciones con argumentos sólidos. Pero tampoco me parecía honesto condenar lo que mantenía hasta entonces por el simple hecho de que los argumentos de la defensa fueran parejos. El juego quedaba empatado: la fe católica no me parecía derrotada, pero tampoco aún vencedora.

El paso siguiente fue dirigir todas las fuerzas de mi espíritu a

demostrar la mentira de los maniqueos, valiéndome para ello de argumentos verdaderos. Estoy seguro que si entonces yo hubiera sido capaz de concebir una sustancia espiritual, inmediatamente se habrían desvanecido todos aquellos fantasmas y marañas. Pero no podía. No obstante, cuanto más pensaba sobre el mundo material y natural, tal como se nos presenta a través de los sentidos corporales, y cuanto más comparaba las diversas teorías, las opiniones de la mayoría de los filósofos me parecían mucho más valederas que las de los maniqueos. De este modo, poniendo todo en duda, a la manera en que suelen hacerlo los filósofos académicos —según dicen— y fluctuando entre una doctrina y otra, decidí abandonar a los maniqueos. Pensé que, en un estado de duda e indecisión como el mío, no podía continuar en aquella secta, a la que ya anteponía las teorías de algunos filósofos. No obstante, me negaba a confiar la curación de las enfermedades de mi alma a estos filósofos, en cuyos libros no aparecía el nombre salvador de Cristo. Opté, en consecuencia, por ser catecúmeno en la Iglesia católica, que mis padres me habían recomendado, al menos hasta que pudiera ver claramente una luz que guiara mis pasos.

